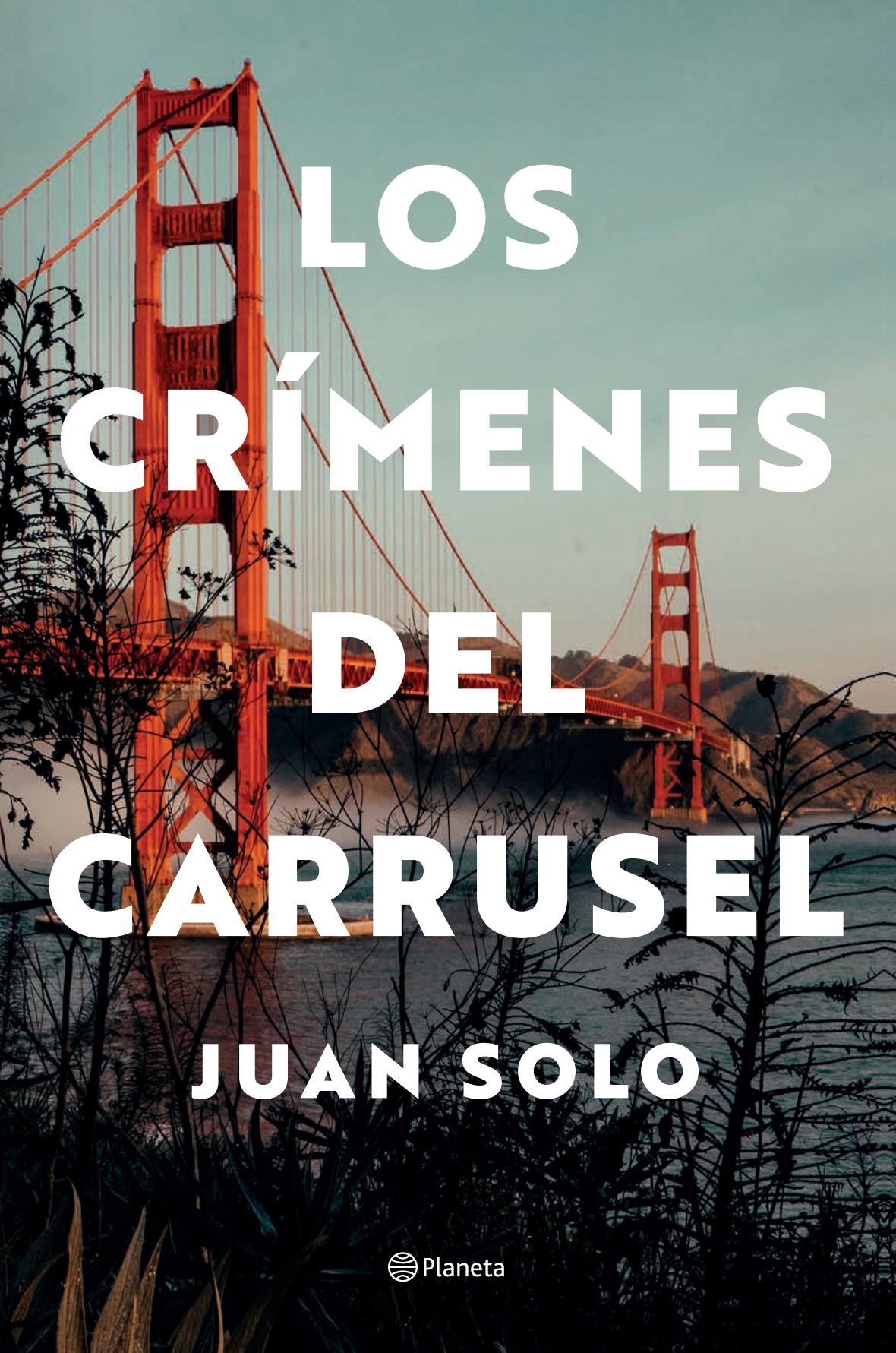




LOS CRÍMENES DEL CARRUSEL

JUAN SOLO

Juan Solo



Los crímenes del carrusel

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Juan Solo, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.694-2024

ISBN: 978-84-08-29273-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



Sebastian Walker no alcanzó la fama tras la publicación de su primera novela, pero no cabe duda de que con ella comenzó su maldición. Para encontrar el verdadero origen de sus males sería necesario remontarse muy atrás en el tiempo, hasta aquel primer verano en casa de su tía Edna. Fue entonces cuando se manifestó lo que habitaba en su interior, quizá lo que siempre había estado allí, aletargado, esperando el momento oportuno para despertar.

Sebastian Emerson Walker nació en el seno de una familia de clase media de San Francisco, a principios de los años setenta. Su madre llevaba el pelo teñido de color caoba, se pasaba el día entero colgada al teléfono y el aliento le apestaba a *bourbon*. Su padre, en cambio, era un hombre cortado por un patrón muy distinto: abogado de prestigio, taciturno y de rostro adusto, Charles Everett Walker parecía soportar el peso del mundo sobre sus hombros y se había propuesto hacerlo con dignidad. Sus modales exquisitos, propios de un caballero, su voz firme y enérgica, y su aspecto, impecable. Vestía elegantes trajes de tres piezas y nunca salía sin su sombrero fedora. Cuando disertaba sobre alguna materia, acostumbraba aserrar el aire con la mano derecha para dar énfasis a su discurso. Sebastian nunca tuvo oportunidad de verlo defendiendo un caso, pero supuso que su actitud ante un jurado debía de ser muy similar a la que exhibía en casa. Charles Everett Walker era, en definitiva, un hombre recto.

Más recto que un poste de teléfonos.

Las discusiones entre los Walker eran frecuentes. A Charles le enervaba de manera especial la obsesión de su mujer por aprender español, deambulando por la casa mientras repetía en voz alta frases sin sentido como *señor, el pollo está quemado o el autobús sale de la plaza*. Al pequeño Sebastian las peleas de sus padres le recordaban las tormentas de verano: descargaban su furia con violencia inusitada en cuestión de minutos y después se disipaban con la misma rapidez con que se habían formado. Ella solía acabar encerrándose de un portazo en el dormitorio y él, escuchando sus vinilos de Bing Crosby en el viejo tocadiscos del salón.

Un día, cuando Sebastian regresó del colegio, su madre ya no estaba. Esa noche, padre e hijo cenaron en la cocina.

—Mamá nos ha abandonado —le informó Charles Everett Walker.

—¿Por qué?

—Me ha dejado una nota.

Le resumió el contenido de la carta que había encontrado sobre la cama: su esposa se había fugado a Acapulco con un industrial mexicano del que estaba enamorada. Lamentaba marcharse de esa manera y confiaba en que el pequeño Sebastian entendiera que lo había hecho por su bien. Al crío le resultó confuso ese último punto. Le hubiera gustado preguntar a su padre qué quería decir su madre, pero no se atrevió. El abogado cerró la cuestión con un aplomo admirable:

—Debes aprender a ver el lado bueno de las cosas, Sebastian; la próxima vez que escuches la palabra *adulterio* ya sabrás qué significa.

Al día siguiente, al regresar del trabajo, Charles subió a su hijo al Pontiac Catalina y se dirigieron al restaurante de Willy Pasos Cortos, en la costa. El hombre se había ganado su apodo cuando un gran tiburón blanco lo atacó en la bahía y le arrancó el pie derecho de un mordisco. El local era modesto, pero

las vistas resultaban espectaculares. Durante la cena, Charles Everett Walker permaneció la mayor parte del tiempo ensimismado en sus pensamientos, mirando a un punto fijo del océano, sin apenas probar bocado.

—Tendremos que apañarnos sin mamá —dijo por fin—. ¿Qué tal se te da cocinar?

—Solo tengo siete años, papá.

—Sí, eso va a suponer un problema.

Las primeras semanas fueron duras. Charles se empeñó en dirigir la casa como un cuartel militar. Estableció horarios, repartió tareas y dictó normas estrictas. Una noche, Sebastian se levantó para ir al baño y sorprendió a su padre de pie, plantado ante la ventana del salón. Eran las dos de la madrugada y aún llevaba puesto su traje. El niño se quedó observándolo en silencio. No lo vio mover ni un solo músculo, como si la luz de la luna lo hubiera transformado en una estatua de piedra. Cuando el pequeño cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, la madera del pasillo crujió delatando su presencia.

—¿Qué haces levantado, hijo? —El abogado no apartó la vista de la ventana.

—¿Qué hay fuera, papá?

—Demonios. Habitan en la oscuridad. Y esperan a que anochezca para venir a por ti.

Sobrellevaron los meses siguientes lo mejor que pudieron. Sebastian fue testigo de como su padre, en momentos de abatimiento, se erguía con la espalda muy recta y proclamaba en voz alta:

—¡Siempre adelante, sin detenerse ni volver la vista atrás!

Tras el curso escolar llegaron las vacaciones de verano. Charles envió al niño con su hermana Edna, que vivía en Sau-salito, al otro lado de la bahía.

—Tu tía está medio loca —le advirtió mientras conducía camino del puente—. Antes de nacer tú, visitó Francia; allí descubrió que su vocación era dedicarse a la pintura. A su re-

greso, empezó a vivir como una *hippy*. Creo que sigue fumando marihuana.

—¿Como los traficantes de *Las calles de San Francisco*?

Su padre lo miró con severidad.

—Te he prohibido ver esa serie, Sebastian. No tienes edad para entenderla.

—Lo siento, papá.

—En cualquier caso, no permitas que tu tía te llene la cabeza de majaderías.

—¿Cuánto tiempo voy a quedarme allí?

El abogado no contestó.

Una semana después, en mitad de un proceso, Charles Everett Walker decidió que ya había tenido suficiente. Pidió un receso y abandonó los juzgados sin cruzar palabra con nadie. Condujo hasta el Golden Gate, que ese día había amanecido cubierto por la niebla, detuvo el Pontiac en mitad del puente, salió, se encaramó a la barandilla y saltó al vacío.

Sin más.

No le va a gustar lo que hay ahí dentro, jefe...

Sebastian Walker, *El diablo dormido*

Edna Walker hizo prometer a Sebastian, cuando aún era un niño, que jamás revelaría a nadie su secreto. Para sellar su pacto, le regaló un diente de tiburón que había comprado a un marino en el puerto de pescadores.

—Llévalo contigo siempre —le dijo mientras lo depositaba en la mano del pequeño—. Cuando el mundo se desmorone a tu alrededor, apriétalo con fuerza y ten presente esta conversación. De esa forma sentirás que sigo a tu lado.

Casi cuarenta años después, Sebastian creía tener la situación bajo control. La llamada de su agente, una tranquila tarde de septiembre, iba a demostrarle que no podía estar más equivocado.

—Sebastian, muchacho, ¿te queda alguna habitación libre? —le preguntó Arnold Millikan desde el manos libres de su coche.

—¡Esto sí que es una sorpresa! ¿Por fin has decidido honrarme con tu visita?

—Me gustaría tratar contigo un asunto y es mejor que lo hagamos en persona.

—Pues dispones del hotel para ti solo; esta mañana se ha

marchado un matrimonio francés y no espero huéspedes hasta el jueves. ¿Cuándo crees que llegarás?

—Ahora mismo estoy bordeando el maldito lago Kaweah. ¡Es interminable! Acabo de pasar junto a un embarcadero...

—Continúa por la carretera principal hasta Three Rivers. No tiene pérdida. Tardarás menos de quince minutos.

—¡Eso espero! He parado en un café a tomar unos huevos rancheros y las tripas me suenan como una caldera a punto de explotar.

El pueblo de Three Rivers, ubicado en el condado californiano de Tulare, vivía casi de manera exclusiva del turismo que acudía a visitar el Parque Nacional de las Secuoyas. Sus escasos mil habitantes se desperdigaban a ambos lados de la carretera de la Sierra a lo largo de más de diez kilómetros. Three Rivers debía su nombre a la confluencia en aquel punto de los brazos Norte, Medio y Sur del río Kaweah. Sus rápidos y la abundante pesca también atraían a un nutrido número de viajeros cada año.

Arnold Millikan dejó atrás varios hoteles de corte más bien modesto, un par de restaurantes y una tienda de recuerdos con forma de árbol. Tras rebasar una gasolinera divisó un rudimentario cartel de madera que daba la bienvenida al alojamiento vacacional La Secuoya Feliz. Millikan se preguntó cómo era posible que su autor más prometedor hubiera acabado escondido en semejante lugar. Abandonó la carretera asfaltada, entró en el camino de tierra y detuvo el coche de alquiler junto al único vehículo del aparcamiento, una destartada *pick-up* color mostaza. La Secuoya Feliz era una gran cabaña de madera de dos plantas reconvertida en hotel. Sebastian Walker estaba aguardándolo de pie en el porche, con las manos en los bolsillos de los vaqueros. La luz del atardecer arrancaba tonos rojizos a su cabello, que lucía un tanto desgreñado. Se había dejado crecer la barba y llevaba puesta una camiseta gris y un cárdigan verde oscuro.

—Mira quién está aquí por fin...

Millikan salió del auto y señaló la furgoneta.

—¿Conduces este trasto?

—Es de Enrique, el manitas de la comunidad. Se ha ofrecido a arreglarme la antena de televisión. Ahora mismo está durmiendo la mona en la parte de atrás.

El agente literario se llevó las manos al vientre. Tenía la frente cubierta por pequeñas gotas de sudor y estaba pálido como un calamar.

—Antes de que me pongas al día sobre tu excitante vida en el campo necesito ir al baño...

El escritor abrió la puerta del hotel y se hizo a un lado para franquearle el paso.

—Frente al mostrador de recepción, a la derecha.

Arnold Millikan cruzó el vestíbulo con el rostro descompuesto. Walker permaneció en el porche y se entretuvo buscando los últimos rayos de sol. Minutos después, el agente literario apareció con la americana bajo el brazo y el nudo de la corbata suelto.

—¡Recuérdame que no vuelva a comer frijoles! ¡Nunca más! Debería haber parado en Hooters... ¡Me encanta ese sitio! Y la comida, también —guiñó un ojo a Walker—. ¡Esas camareras te alegran la vista, muchacho!

Sebastian encontraba curioso que Arnold se esforzara en dejar constancia de su condición de mujeriego cuando, en realidad, jamás le había conocido ninguna aventura amorosa. Supuso que alardear de conquistas era un recurso útil a la hora de entablar conversación con los ejecutivos de las editoriales.

—Te ayudaré con el equipaje.

—No te preocupes; he traído lo justo. Mañana a las tres debo estar en Los Ángeles para coger un avión de vuelta a Chicago.

Millikan sacó su bolsa de viaje del maletero del coche y si-

guió a Sebastian hasta el interior del hotel. Walker inscribió el nombre de su amigo en el libro de registro y le hizo entrega de la llave de la *suite* General Sherman, en el primer piso.

—¿Cuántas habitaciones hay?

—Cinco más la mía, en la planta baja. No servimos comidas, solo desayunos.

—No parece que vayas a hacerte rico con esto...

—La tranquilidad me ayuda a escribir. —Se encogió de hombros—. Te noto más delgado, Arnold.

—Me he puesto a dieta, pero te advierto que esta noche pienso saltármela.

—¿Tienes hambre?

—Deja que me tome un par de *whiskies* y verás como se me despierta el apetito.

Millikan subió a su habitación, amplia y con excelentes vistas al río. La madera brillaba como si hubiera sido recién barnizada y desprendía el agradable aroma de las cosas nuevas. Arnold abrió su bolsa, sacó la almohada inflable que lo acompañaba en sus desplazamientos y se sentó en la cama para probar la resistencia del colchón, que encontró satisfactoria. Entró en el baño, se aseó y sustituyó el traje de hombre de negocios por unos pantalones más cómodos, un jersey fino y una cazadora. Llevaba varios días destemplado. Buscó en su botiquín y se tragó dos comprimidos con ayuda de un vaso de agua. Después devolvió una llamada perdida de su secretaria, Elise, y se entretuvo curioseando los canales de televisión; solo se veía uno de deportes que estaba ofreciendo un partido de ping-pong entre dos japoneses. Antes de abandonar la habitación, extrajo un recorte de periódico de la cremallera lateral de su bolsa y releó el titular:

HALLADOS LOS CADÁVERES DE DOS NIÑOS EN EL PATIO DE UNA
ESCUELA DE SECUNDARIA DE MASSACHUSETTS

Lo dobló con cuidado y se lo guardó en el bolsillo interior de la cazadora. Cinco minutos más tarde se reunió con Sebastian en el salón de la planta baja, presidido por una gran chimenea de piedra. Sobre ella, colgaba la espléndida cornamenta de un alce. Frente al hogar había un sofá marrón, una mesa baja con revistas de pesca y una mecedora.

—Me gusta tu hotel, Sebastian. ¿Quién te lo ha decorado, Daniel Boone?

El escritor soltó una risita socarrona. Había echado de menos el sentido del humor de su agente.

—Arnold, siempre dices que hay que ofrecer al público aquello que espera recibir.

—¡Amén!

—Iremos a cenar al restaurante de Randy. Hoy tiene siluro. Dejaré que pagues tú, que para eso eres rico.

Salieron del hotel; Walker dio la vuelta a un cartel de madera que colgaba de la puerta principal con su número de teléfono móvil y cerró con llave.

—Como no esperaba a nadie he dado el día libre a Kanu.

—¿Quién es Kanu?

—El recepcionista. Es un chico muy eficiente. ¡Y con gran talento para el dibujo!

Millikan volvió a reparar en la furgoneta estacionada en el aparcamiento.

—¿Y el tipo de la antena de televisión? ¿Sigue dentro?

—Su primo ha venido a recogerlo mientras estabas arriba. Enrique llevaba demasiados tequilas para conducir. Si no hubiera tenido mi coche en el taller, yo mismo lo habría acercado a casa; no es aconsejable caminar por ahí una vez se ha puesto el sol.

—¿Tenéis problemas de delincuencia?

—Más bien de osos —se limitó a responder y subió al asiento del acompañante.

Millikan lo observó pensativo. Sebastian era reservado,

muy celoso de su intimidad; parecía envuelto en un halo de misterio. El día que le habló del suicidio de su padre y de cómo marcó su infancia, el veterano agente lo interpretó como una inusitada muestra de confianza. Sus novelas gozaban del elogio de la crítica, pero, por alguna razón, el éxito lograba esquivarlo. ¿O era a la inversa? Sebastian había abandonado la fe en sí mismo y un escritor sin confianza es un barco a la deriva. Cuando se conocieron, ya había publicado dos novelas con Sirena, una modesta editorial del Pacífico. Millikan vislumbró un gran potencial en él y le ofreció sus servicios como agente. De eso hacía ya más de una década. Una vez cerrado el trato, no le costó abrirle las puertas de la prestigiosa Barnaby & Forrester. Llevaban lanzados cinco títulos con ella; si bien ninguno había logrado una cifra de ventas significativa, la editorial de Chicago seguía apostando por él. El éxito llegaría más tarde o más temprano. Hasta que un día, hastiado de la vida de San Francisco, Walker decidió invertir cuanto tenía en aquella cabaña de troncos en medio de la nada. Su pretexto fue que le sería más fácil encontrar la inspiración alejado de cualquier distracción.

Su amigo intuía que había algo más.

Arnold siguió las indicaciones de Sebastian y condujo hasta La Secuoya Gigante, que se hallaba a un kilómetro escaso. Randy, el propietario del restaurante, salió a recibirlos y les ofreció una mesa en la terraza, pero Millikan se quejó de que hacía frío y prefirió cenar en el interior. El comedor estaba decorado con el mismo estilo rústico que el hotel de Walker. El agente pidió un *whisky* y el escritor, una cerveza. Consultaron la carta y acabaron decantándose por la ensalada Big Kaweah y el siluro al horno.

—Me he fijado en que las palabras *sequoia*, *river* y *kaweah* aparecen en los nombres de todos los negocios de la zona —comentó el agente—. ¡Y ahora también en la ensalada!

—Ya has descubierto qué es lo que vende por aquí.

Mientras esperaban la cena, Walker se percató de que, a la

luz de las lámparas, el pelo de Arnold brillaba como el ala de un cuervo.

«Se te ha ido la mano con el tinte», pensó.

La ensalada Kaweah resultó ser una mezclanza de lechuga, queso, huevo cocido, arenques, beicon y tomates cherri. Todo embadurnado de salsa vinagreta.

—Mi madre habría llamado a esto *ensalada de lo que quedaba en la nevera* —observó Millikan.

Se enzarzaron en una discusión sobre béisbol hasta que el agente literario consideró que ya habían cumplido con la cuota de cháchara intrascendente que debe anteceder a cualquier conversación importante.

—Sebastian, ¿qué demonios haces en Three Rivers? La gente que vive en el culo del mundo ni siquiera ha oído hablar de este agujero.

—Necesitaba un cambio de aires, ya te lo expliqué.

—Da la impresión de que hubieras pretendido romper con todo y empezar de cero.

—Quizá eso fue lo que me empujó a venir.

Ya habían llegado al mismo punto muerto de siempre.

—¿Cuántos años han pasado desde la muerte de tu padre? ¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta? —El agente dio un trago a su *whisky*—. ¿De qué sigues huyendo?

Los labios de Walker sonrieron; sus ojos, no.

—De tus preguntas.

Millikan suspiró.

—Al menos, ¿has encontrado inspiración?

Sebastian nunca había dado motivo de queja a la editorial: diligente y metódico, era de los pocos autores que cumplían con los plazos de entrega.

—Comenzaré la revisión de la novela dentro de unos días. He cambiado el título: *La nube* no me entusiasmaba. Sonaba a manual sobre almacenamiento de datos en internet. Prefiero *Cielo negro*. ¿Qué te parece?

—*Cielo negro...* —repitió Arnold—. No está mal. —Hizo una señal al camarero para que le sirviera otra copa—. ¿Seguiste con tu idea de la invasión de insectos?

—Es una plaga, no una invasión —puntualizó Walker—. El calentamiento global podría favorecer que las langostas proliferaran hasta límites insospechados. Eso desataría sobre el planeta una energía destructiva sin precedentes.

—¿Por qué escribir sobre langostas? —Millikan frunció el ceño—. No dejan de ser saltamontes con hambre.

—La plaga de 1875 fue la más devastadora que ha conocido la humanidad; se estima que la nube de langostas estaba formada por doce mil millones de insectos y medía tres mil kilómetros de longitud. ¡¡Tres mil kilómetros!! Es la distancia que separa Utah de Nueva York. ¡Imagínate tres cuartas partes del país cubiertas por una marea negra, voraz y aterradora! Las crónicas cuentan que ocultó el sol durante cinco días. Para esas pobres gentes debió de resultar una experiencia muy similar al apocalipsis.

Millikan se cuestionó si el lector medio compartiría el entusiasmo de Walker por el tema, pero se abstuvo de hacer ninguna otra observación.

Randy les sirvió el siluro acompañado de patata asada con crema agria y aguardó el veredicto, expectante. Ambos coincidieron en que estaba exquisito. Cuando el dueño del restaurante regresó a sus obligaciones, el agente de Chicago continuó con su cuestionario particular.

—¿Cómo van las cosas con Connie? Aún no la has mencionado.

—Ha conseguido un puesto de responsabilidad en el estudio de arquitectura. —Walker se rascó la barba bajo el mentón—. No podía pedirle que lo dejara todo para acompañarme. Hablamos y estuvo de acuerdo en permanecer un tiempo más en San Francisco. Viene a menudo.

—¿Sí? ¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

—En julio. Ten en cuenta que son cuatro horas de trayecto en coche desde San Francisco.

—¿Y tú no vas a verla?

—No puedo desatender el negocio, Arnold.

—Creía que tu recepcionista era un tipo de lo más eficiente.

—El hotel da mucho trabajo...

—Sí, acabo de ser testigo de ello.

—La temporada alta acaba de terminar —replicó Sebastian, molesto por el interrogatorio.

—Razón de más para tomarte unos días libres. —Millikan apuró su tercer *whisky* y dedicó a su representado una mirada de condescendencia—. Créeme, es un alivio que escribas mejor de lo que mientes.

Pidió la cuenta y dejó una buena propina. De camino al coche, Walker le mostró una señal de advertencia a la entrada del aparcamiento; en ella podía verse la silueta de un oso pintada sobre fondo amarillo.

—¿Ves? A eso me refería antes.

—¡¿Es cierto que tenéis osos?!

—¡Más que semáforos! Tranquilo, los de esta región son negros; se contentan con hurgar en los cubos de basura. Lo que no quita que, si te los encuentras, puedas llevarte un buen susto —añadió con cierta malicia.

El agente echó un rápido vistazo alrededor y entró en el coche. Sebastian, que había bebido menos que él, fue quien condujo de regreso. Al llegar a La Secuoya Feliz pasaron al salón. Millikan, mareado por efecto del alcohol, se dejó caer sobre el sofá con la gracilidad de un buey.

—Hace un poco de frío, ¿no?

Walker encendió la chimenea con semblante taciturno, sumergido en sus pensamientos.

—Connie y yo estamos dándonos un tiempo —se sinceró—. Nunca entendió mi decisión de mudarme a Three Rivers.

—Ya somos dos.

El escritor fue hasta el pequeño mueble bar que había en un rincón y sirvió a su amigo dos dedos de Jack Daniel's.

—¿Quieres hielo?

—No, sería estropearlo.

Walker le entregó el *whisky* y se sentó frente a él, en un tocón de pino macizo.

—¿Y ahora vas a contarme por qué has cruzado medio país para venir hasta este rincón perdido de California?

Millikan lo escrutó con sus vivarachos ojos negros y se arrellanó en el sofá. En sus pupilas podía verse el reflejo de las llamas que empezaban a danzar en el hogar.

—Sebastian, te considero uno de mis autores más brillantes y me duele verte atrapado en este agujero. Quizá no haya sabido orientar tu carrera de la forma adecuada... —dio un trago y dejó el vaso sobre la mesa, encima de las revistas de pesca.

—No recordaba que bebieras a un ritmo tan rápido.

—El alcohol no me matará, eso tenlo por seguro. —Arnold se quitó los zapatos, estiró las piernas y entrelazó las manos por detrás de la cabeza—. ¿Por qué escribes?

—¿Qué razón del catálogo quieres que te dé? ¿Por vocación? ¿Para contar las historias que me gustaría leer? ¿Por dinero? No, resulta obvio que enriquecerme no es mi plan...

—Sebastian fijó la vista en el fuego, pensativo—. Si tuviera que darte una respuesta sincera diría que escribo por necesidad.

—Durante mis más de treinta años como agente literario he defendido que los pilares sobre los que debe cimentarse la carrera de un autor son *las tres tes*: trabajo, talento y tesón. Ahora bien, sería un necio si no admitiera que existe un cuarto factor que escapa a nuestro control: la fortuna. No es posible triunfar sin ella. Hasta ahora se nos había mostrado esquiva, pero quizá hayan cambiado las tornas... —Millikan extrajo el recorte de periódico del bolsillo de su cazadora y se lo tendió—. ¡Lee!

El escritor se levantó, intrigado, tomó el pedazo de papel y

se situó bajo la luz que proyectaba la pesada lámpara de hierro que colgaba del techo.

HALLADOS LOS CADÁVERES DE DOS NIÑOS EN EL PATIO DE
UNA ESCUELA DE SECUNDARIA DE MASSACHUSETTS

El pasado martes se encontraron los cuerpos de dos niños enterrados en el patio de la escuela de secundaria Midwood en Greenville, Massachusetts. Hasta el momento se desconocen sus identidades.

Los operarios que estaban desmantelando el antiguo parque infantil fueron quienes dieron la voz de alarma tras encontrar lo que parecían ser restos humanos sepultados bajo el carrusel. Tras avisar a las autoridades de la localidad, al oeste de Boston, una inspección forense preliminar certificó que se trataba de los restos mortales de dos varones de entre doce y catorce años.

—Es una pequeña reseña publicada en un periódico de Albany, en mayo —le informó Millikan—. La leí en un hotel, por casualidad. La policía logró identificar a las víctimas cotejando el ADN que extrajeron de los cuerpos con el de los familiares de dos niños que se dieron por desaparecidos a mediados de los noventa. El nombre del pueblo es Greenville. En tu primera novela, *El diablo dormido*, un chico es asesinado en circunstancias similares en un lugar llamado Grimville. ¿No te parece una coincidencia asombrosa?

—Greenville, Grimville...¹ Debe de haber cientos de sitios con una fonética similar. —Le devolvió el recorte de periódico—. ¿Han atrapado al culpable?

1. Greenville podría traducirse como *ciudad verde* y el Grimville que aparece en la novela de Walker como *ciudad siniestra*. Su pronunciación es muy parecida.

—No he leído nada al respecto.

—¿Se sabe cómo murieron?

—Parece que los molieron a palos, pero la policía no ha facilitado detalles. —Millikan recogió las piernas y se inclinó hacia delante, expectante—. Este asunto podría resultarnos beneficioso.

—No veo de qué manera.

—Tengo un amigo que trabaja en la KLWZ, una pequeña televisión de Chicago; imagina que deslizamos la noticia en los informativos haciendo referencia a *El diablo dormido*. Realidad y ficción se dan la mano en Greenville. Algo sencillo, sin estridencias. Lo justo para hacer un poco de ruido. La publicidad nos vendría bien de cara al lanzamiento de tu próxima novela.

—Arnold, ¿qué pretendes?

—¡Vender libros! ¿Qué otra cosa podría querer?

Walker se rascó la barba.

—No existe ninguna relación entre *El diablo dormido* y los hechos que describe el periódico.

—¿Y qué más da? A la gente le encanta este tipo de misterios.

—No estamos ante ningún misterio.

—Pero el ser humano es curioso por naturaleza; el público querrá averiguar más sobre ti y eso se traducirá en un aumento de las ventas.

Walker se apoyó en la repisa de la chimenea, circunspecto.

—No me parece ético sacar partido de la muerte de unos niños.

—¡Nadie pretende eso! ¡No te pongas melodramático! Te doy mi palabra de que el tema se abordará con el máximo rigor.

—¿¡Rigor!? Acabamos de convenir en que todo es una patraña.

—¡Por Dios, Sebastian! ¡No hace falta que seas tan literal! El plan es sencillo: dejamos que lancen la noticia y tú concedes una entrevista después, explicando que se trata de una desgraciada coincidencia.

Walker negó con vehemencia.

—No cuentes conmigo, Arnold.

—¿Tienes idea de cuántas novelas se publican al año? La competencia es brutal y tú te has quedado estancado. ¡Por algún motivo decidiste enclaustrarte aquí! —Millikan gruñó—. ¿Qué haces en Three Rivers? ¡Deberías salir de este agujero y regresar a San Francisco! Sé que allí te aguarda un pasado que no deseas revivir. Lo entiendo. Entonces, ¡múdate a Los Ángeles! Codéate con otros escritores, frecuenta los círculos literarios... ¡No puedes seguir escondido! Necesitamos que tu nombre vuelva a sonar. No será una noticia que conmocione al país, pero nos garantizará una mínima presencia en los medios.

—Arnold, será mejor que olvidemos este asunto.

—¿Sabes qué comentaron en la editorial sobre tu literatura? Que se había vuelto sombría y descorazonadora.

—¿Literatura descorazonadora? —La observación hirió el orgullo de Walker—. ¡¿Qué significa eso?!

—*El baile de los muertos* refleja horror y angustia, sin un atisbo de esperanza.

—Es una recopilación de relatos de terror.

—Deberías empezar a escoger mejor tus temas si pretendes seguir vendiendo libros.

—¿Lo dices por *Cielo negro*?

—Ya que lo mencionas... ¿A quién le interesan los saltamontes?

—¡Son langostas!

—¿Y eso qué coño importa?! ¡A veces tengo la impresión de estar hablando con un adolescente!

Walker decidió zanjar la discusión.

—Arnold, has bebido mucho y mañana te espera un largo viaje hasta Los Ángeles. Será mejor que te vayas a descansar.

—¡Solo pretendo salvar tu carrera!

—Si esta es la manera, prefiero dejarla morir.

Millikan lamentó el cariz que había tomado la conversación; no había sabido conducirla de forma adecuada. Quería a ese muchacho como a un hijo, pero era muy tozudo. Igual que él. Recogió sus zapatos, le dio las buenas noches y se retiró, aturdido por el alcohol. Los pulmones le ardían. El tramo de escaleras hasta el piso de arriba se le hizo interminable. Entró en la *suite* y cerró dando un portazo. No estaba enojado con Sebastian, sino consigo mismo. El tiempo se le agotaba y eso enturbiaba su perspectiva de las cosas... Se quitó la peluca y la dejó sobre la cama. Esa noche no se tomó las pastillas.

Ya poco importaba.

En el salón de la planta inferior, Sebastian Walker observó, a través de la ventana, la silueta de los árboles recortada contra la luz de la luna, a orillas del río. Una furia sorda lo desgarraba por dentro. Retazos de la discusión con su amigo giraban en su mente como peonzas sin control. Con paso inseguro se acercó hasta la librería donde guardaba un ejemplar de cada una de sus novelas, estiró el brazo y acarició con las yemas de los dedos el lomo de *El diablo dormido*. No necesitaba leerla para saber lo que hallaría entre sus páginas.

Cerró los ojos y se dejó arrastrar por el silencio de la noche, solo roto por el tenue crepitar de las llamas en la chimenea.

—Un parque infantil... —murmuró.

No era así como él lo recordaba.